

Debe atribuirse sin duda alguna la restauración de la España cristiana al carácter español, lento en el consejo y aun quizá en la acción, pero tan constante y enérgico que sabe resistir al tiempo y vencer todos los obstáculos. Sin embargo, ¿quién podrá menos de conocer que anduvo aquí la mano del Todopoderoso, la cual, en tantas acciones como se han referido en el discurso de esta Historia, imprimió de un modo visible el movimiento á las causas segundas, dió comunmente la superioridad á la mas débil,

### LIBRO QUINGUAGÉSIMO-SESTO.

Desde la reduccion de los moros de España en el año 1492, hasta la muerte de Alejandro VI en el de 1503.

Tierras inmensas cuyo nombre se ignoraba, un nuevo emisferio, un Nuevo-mundo, salvajes y antipodas colocados hasta entonces entre las opiniones quiméricas y casi impías; tales son los espectáculos que, variando la escena del universo á últimos del siglo quince, abrieron al Evangelio un campo mucho mas vasto que cuando fué enviado del cielo. Había llegado el mundo á aquella plenitud de los tiempos en que, según los oráculos proféticos, debía alumbrar la luz aun en medio

á don Fernando y á doña Isabel el derecho de patronato en todas las iglesias y monasterios del reino de Granada, y demas tierras ó islas ganadas á los mahometanos, ó que en adelante ganaren, para sí y sus sucesores; las tercias de lo conquistado y que conquistaren en dicho reino, y los diezmos de los moros de paz. Véanse las bulas en el apéndice al tomo octavo de la Historia general de España, edición de Valencia de 1795. (N. del E.)

contrapesó por mucho tiempo la victoria y los reveses, la presuncion y el desaliento, y despues de todas las pruebas necesarias á su pueblo, cuando mediante el horror de la barbarie y de la impiedad musulmana formó de él una nacion digna de ser llamada Católica por escelencia, le prodigó los triunfos y las conquistas, y en fin, limpió totalmente á la feliz Hesperia de las inmundas heces en que habia estado abismada por tantos siglos?

de las tinieblas de la muerte; y por medio del semejantes descubrimientos se proponia el Eterno cumplir toda la estension de sus promesas. Quería tambien volver á estrechar entre los hijos de un mismo padre unos vinculos rotos ya de tan antiguo que apenas quedaba de ellos vestigio alguno; queria restablecer la armonia y las dulzuras del comercio entre las innumerables ramas de la gran familia del género humano, y hacer que repartiessen reciprocamente entre sí los frutos y las delicias de sus posesiones aisladas.

Pero muy á menudo aun los favores mas señalados suelen dar lugar á la mas repugnante ingratitude. Introducidos los europeos en las tierras del oro y de todas las delicias, lejos de hacer participantes de sus

bienes personales á unos hermanos por fortuna hallados, y tan propios para escitar su ternura, no pensaron sino en esclavizarlos y en despojarlos. ¿Qué de bárbaras atrocidades no se cometieron en solo el imperio de Méjico ó en el del Perú? Nosotros no emprenderemos trazar su inmenso cuadro: seria igualmente imposible indicar, asi los excesos de que los dominadores se abstuvieron, como aquellos á que se abandonaron. Despues del pillage y los atrociosos mas inauditos; despues de la efusion de sangre humana y de los ultrajes de toda especie hechos á la humanidad; despues, en fin, de una disolucion monstruosa de costumbres y de todos los desafueros de pasiones sin freno, se impusieron las cadenas á las pocas victimas escapadas de la carniceria, y se les arrebató hasta los lugares en que por primera vez habian visto la luz. Despues de haberles tomado todo su oro, se les quitó la tierra que le producía.

Hasta los Papas, han dicho ciertos críticos, los Vicarios del Padre equitativo que todos los hombres tienen en el cielo, para despojar de su suelo natal á los pueblos y á los príncipes de las dos Indias en favor de los castellanos y de los portugueses, no hallaron otras dificultades que las de trazar líneas de atribucion y de demarcacion, que pudiesen asignarles en toda la estension de un mundo una porcion con que su avidez y su envidia quedasen satisfechas. Mas nosotros refutaremos estas torpes declamaciones acerca del poder temporal de los Papas, haciendo observar, con Feller, que el derecho de repartir las tierras nuevamente descubiertas entre los reyes de España y de Portugal estaba entonces sancionado por la opinion, y que es muy natural no ver en el ejercicio de este derecho mas que una decision conciliadora, propia para prevenir disputas y guerras entre dos príncipes poderosos. Lo que parece tener el tono de una verdadera

concesion no es mas que el lenguaje de un árbitro que habla en una desavenencia y que fija los derechos de los contendientes. En vez de censurar un decreto semejante, ¿no debería mas bien echarse de menos aquel tiempo en que los Pontífices con una sola palabra cimentaban la concordia de los reyes, aquel tiempo en que á la voz del Padre comun de los cristianos se desvanecian sin resistencia y sin ruido las semillas de las mas largas y mas sangrientas contestaciones? A la reflexion de Feller unimos desde ahora la de Bergier.

«Los reyes de España y de Portugal, dice este autor (1), no podian ponerse de acuerdo acerca de los límites de sus respectivas conquistas en el Nuevo-Mundo; mas no queriendo llegar á un abierto rompimiento, rogaron al Papa Alejandro VI fuese el árbitro de su desavenencia y les trazase la línea de demarcacion que debia servir de límite á sus posesiones. Nuestros filósofos preguntan con qué título disponia así el Papa de una cosa que no le pertenecía y daba á dos reyes tierras y naciones sobre las que en el fondo no tenían ningun derecho; y algunos han llevado su elocuencia hasta decir que este fué uno de los mayores crímenes cometidos por Alejandro VI. Nosotros les rogamos observen que no se trataba de decidir si las conquistas de los reyes de España y de Portugal eran legítimas ó no, sino de evitar entre ellos una guerra, que ciertamente no hubiera mejorado la suerte de los americanos. Para servir de árbitro entre dos pretendientes, no es necesario tener autoridad sobre ellos ó sobre la cosa que se disputan; basta que el uno y el otro consientan en conformarse con su decision. Luego no es cierto que en esta ocasion haya dado el Papa lo que no era suyo, ni que haya decidido de la suerte de los americanos, ni que haya

(1) Art. Demarcacion.



dispuesto de los Estados y de las posesiones de los dos soberanos, etc.

Una vez armada la avaricia no distinguió ya nada, ó mas bien prefirió habérselas con los pueblos mas civilizados y más numerosos, como que eran los mas opulentos, y en sus atentados no midió su reserva sino por la imposibilidad de atentar con mas éxito. Aquí la codicia se engañó á sí misma. Abarcó demasiado, no aseguró nada, lo invadió todo, y todo se le escapó. Se vió al débil Portugal llevar á un mismo tiempo sus colonias mas allá de la ruta del sol, á las playas inmensas del Brasil, á todas las costas habitables del Africa, á la Etiopía y á la Abisinia, al seno del mar Rojo, á la Persia, á las dos penínsulas de la India, á todas sus islas de alguna celebridad, y por todas partes arrogarse una dominación diez ó veinte veces mas estensa que los estrechos límites que vomitaban tantos conquistadores enorgullecidos con su destino. Inmediatamente despues que estos hubieron consumado su usurpación, los oscuros pescadores de las lagunas de la Bélgica vinieron á arrebatárlas casi todos los frutos de sus trabajos y de sus crímenes. La España, mas provista de pueblos, y entonces omnipotente en Europa, conservó mejor los suyos; pero arruinando su población y perdiendo aquella preponderancia, aquella especie de monarquía universal que creía haber adquirido. Todo el Occidente en general fué turbado, desgarrado y trastornado por sus fatales adquisiciones. El Nuevo Mundo fué para el antiguo la manzana de la discordia, que vino á ocasionar su desventura y hasta su empobrecimiento. Desde entonces hubo en él mas señales de riqueza y menos riquezas reales, mas oro y más necesidades, mas lujo y menos bienestar, menos fuerza, menos moralidad y salud, menos probidad, é infinitamente mas calamidades que antes de esta época.

Admiremos, sin embargo, la sabiduría

y el órden de la Providencia, la cual se sirve de los mismos extravíos y pasiones de los hombres para distribuirles sus mas preciosos beneficios. La sed del oro llevó á los primeros europeos á todas las playas del Nuevo-Mundo; pero muy en breve fueron en pos de ellos unos varones apostólicos sedientos únicamente de la salvación de las almas de sus hermanos, por cuya causa llegaron hasta las estremidades de las tierras desconocidas, á las cuales riegan el Indo y el Ganges hasta los vastos imperios de la China y del Japon, recorriendo todas las islas y penínsulas de lo mas remoto del Asia, las arenas ardientes de Etiopía, y en el otro hemisferio desde la zona tórrida hasta los climas helados de los patagones é iroqueses.

El primer mortal que, dotado de una alma elevada y de un corazón inaccesible al temor, se atrevió á acercarse al otro hemisferio, surcando mares sin número y sin término, fué el liguriano, eternamente memorable, Cristóbal Colon (1). Cristóbal, hijo de un cardador de lana, natural de Cogureto, aldea del territorio de Génova, y hombre meditativo y profundo, viendo que el sol dejaba todos los dias nuestro horizonte, no pudo persuadirse á que en la mitad de su carrera alumbrase solamente al Océano y á los monstruos que se ocultan en su seno. En fuerza de sus frecuentes meditaciones, y con el auxilio de los conocimientos de su suegro el portugués Peristielho, que habia descubierto las islas Canarias mas occidentales, concluyó que habia mas allá tierras habitadas de seres inteligentes, y formó el designio de ir á reconocerlas. Propuso su pensamiento al rey de Portugal y á otros muchos príncipes, pero todos le trataron como á un visionario: ni le dieron al principio me-

(1) *Hist. de Crist. Colon por Fern. Colon; Mariana, l. 25.*

por acogida Fernando é Isabel, á quienes se dirigió igualmente. Pero el afortunado Fernando se determinó por último á aventurar tres caravelas, cuyo mando dió á Colon, con el título pomposo de almirante del Océano y virey de los reinos que conquistase (a).

El año 1492 zarpó Colon del puerto de Palos en Andalucía, con rumbo á Canarias. Fué feliz la navegación hasta la isla de la Madera donde ancló. Despues de haber descansado algun tiempo y hecho nuevas provisiones, volvió á dar la vela y se internó hácia Occidente por unos mares formidables que nadie habia surcado hasta entonces. El amor de la gloria y la esperanza de la fortuna sostuvieron algun tiempo el valor de aquellos nuevos argonautas; pero al cabo de algunas semanas, en que veían continuamente por la sonda que se hallaban en un abismo sin fondo y no descubrían ninguna costa, se acabó el entusiasmo, y ocuparon su lugar las inquietudes crueles, el arrepentimiento acompañado de la indocilidad, el desaliento y la desesperación. No se pensaba mas que en la perspectiva de una muerte horrorosa, causada por el hambre en aquella inmensidad de aguas que no ofrecían ningun género de recurso. Cada dia se disminuían los víveres, y se aumentaba la distancia de los lugares donde se habian tomado. En fin, despues de borrascas horribles, y de lluvias continuas y tan oscuras que nada se veía sino cuando relampagueaba, llegando á faltarles el vizcocho y el agua, porque ya no se trataba de carnes, aceite, queso, manteca, etc., y degenerando en una rebelión declarada las quejas y las voces sediciosas de la tripulación y de los ofi-

ciales, se descubrieron en la estremidad del horizonte unas moles de color azul oscuro, que segun se iban acercando á ellas parecían elevarse mas sobre las olas. Por último, se vió claramente tierra, y los que estaban ya desesperados experimentaron un gozo inesplicable. Se encontraron pueblos tratables y benéficos, que socorrieron sus necesidades mas urgentes; despues de lo cual costearon muchos centenares de leguas, yendo á parar á las islas Lucayas, al cabo de treinta dias de navegación.

Desembarcaron en la principal de ellas, á la que dieron el nombre de San Salvador; pero al ver sus habitantes los navíos de Europa, prodigiosos en comparación de sus canoas, huyeron á los montes. Solo pudieron apoderarse de una muger, á la cual regalaban cosas de dulce, y habiéndola dado algunos adornos de vidrio la dejaron que se fuese con los de su nación. Este buen tratamiento cautivó á los isleños, los cuales volvieron con su príncipe ó cacique, hicieron amistad con los españoles, y les suministraron víveres en abundancia por collares de vidrio y otras vagatelas. Reconoció despues Colon otras muchas islas, á las que dió diferentes nombres, como Concepción, Fernandina, Isabela, y en la de Guanabai construyó un fuerte de madera, donde dejó treinta y ocho hombres de los suyos. Desde allí se internó hasta el golfo de Méjico, y fué á fondear á Cuba, donde reparó sus naves. La extensión de esta última isla le hizo creer al principio que era el continente, del cual descubrió despues la parte á que se dió el nombre de Florida. Descubrió tambien, bajando al Mediodía, la grande isla de Bocchio, la llamó Española, y despues tuvo la denominación de la isla de Santo Domingo, teatro famoso de la sangrienta rapacidad de los europeos, pero entonces eran los mas débiles y mostraron moderación. Habia en ella cerca de dos millones de habitantes. Para inspirarles con-

(a) En la reseña que hagamos del reinado de los Reyes católicos, Fernando é Isabel, daremos mas pormenores acerca del importante descubrimiento del Nuevo Mundo. (N. del E.)



fianza, había llevado Colon á bordo doce indios de las Lucayas. Le visitó el rey, ó el principal cacique de Bocchio, entró en su navío y comió con él. Habiendo encallado uno de los buques españoles en un banco de arena, suministró aquel príncipe trabajadores, por cuyo medio se logró poner en salvo todo lo que había en él, y con la madera que se pudo aprovechar se construyó un fuerte en la ribera del mar. De acuerdo con el cacique dejó Colon en este fuerte algunos españoles, cuando volvió á España á llevar por sí mismo las noticias de su expedición.

Todos quedaron admirados al saber los progresos que había hecho. Fué introducido en el Consejo, para hacer la relacion de tantas cosas extraordinarias, y presentó, como prenda de lo que podían prometerse, perlas, piedras preciosas, y oro en barras y labrado (1). El rey le hizo noble, como tambien á toda su posteridad, y le dió por armas un mar de plata en campo azul, con cinco islas de oro, y el globo del mundo por cimera. Despues volvió á enviarle con el titulo de almirante de las Indias, á conquistar aquellos ricos países. De este modo hizo Colon diferentes viages desde España á las Indias, y desde las Indias á España, unas veces alabado como un hombre incomparable, y otras hecho blanco de la envidia, de la calumnia y de los tratamientos que deben experimentar solamente los rebeldes y traidores. En fin, murió favorecido del rey, á 8 de mayo de 1506, siendo de edad de sesenta y cuatro años. Algunos momentos de favor y mil disgustos fueron la recompensa que recibió Colon por la conquista de un mundo; y este es el premio ordinario de los mas brillantes servicios que se hacen á los señores de la tierra.

No sucede así con los trabajos que pa-

(1) Barros, *Dec.* 1, l. 3, c. 11; Zurit, l. 2, l. 1, c. 25.

decen por la gloria de Dios los héroes de la Religion. Por esto se vió en todos los países de Europa una multitud de Apóstoles, que impulsados de un ardor aun mas activo que la sed del oro ó de la gloria, marcharon á aquellas tierras distantes, donde admiraremos despues sus divinas conquistas. El primero que pasó al nuevo hemisferio fué el padre Bueil, catalán, del orden de San Benito, acompañado de doce sacerdotes presididos por él. La Bula en que el Sumo Pontífice le confirió la mision, es de 24 de junio de 1493: con cuyo motivo conviene advertir, que el Papa hacia donacion de aquellas nuevas regiones á los reyes de España, en el supuesto y bajo la precisa condicion de que habian de introducir en ellas el Evangelio (a), condicion muy mal cumplida, si bien la caridad de los hombres apostólicos suplió por todo, á pesar de lo mucho que frecuentemente tuvieron que sufrir de parte de aquellos mismos que mas debian apoyarlos. El oro de los indios era lo que estos buscaban, no la salvacion de sus almas (b).

(a) La bula de donacion publicada por Alejandro VI, dividia entre los españoles y portugueses todas las tierras que el genio de los descubrimientos habia dado ó podia dar á las dos naciones en las Indias y en América, de modo que tirada una línea de polo á polo, cien léguas mas adelante de las islas Hespérides llamadas hoy del Cibo Verde, se adjudicase á Castilla todo lo que desde aquella línea se descubriese hácia el poniente, quedando lo demas asignado á Portugal. El dedo del Pontífice describia una línea sobre el globo, y las dos naciones consentian en tomarla como un límite sagrado que debería respetar la ambicion de una y otra. Esta es la célebre bula *Inter cetera* tan calumniada por los modernos filósofos, especialmente por Marmontel en su obra titulada *los Incas*; pero contra este impío puede verse la juiciosa defensa que de esta bula hace el conde de Maistre (lib. 2, c. 14), y los testimonios de Berger y de Feller que mas arriba ha citado nuestro autor en apoyo de las reflexiones que él hacia. (N. del E.)

(b) No se olvide que es un autor francés el que así se espresa. Si en vez de haber sido los reyes de España, y especialmente Fernando ó Isabel, los que tales conquistas hicieron, hubieran sido los franceses, ya procurarían sus escritores amañar ó disculpar los excesos que hubiera habido en vez de exigirlos. Por lo demás, y movidos de las escitaciones del clero, los monarcas españoles procuraron atajar todos

Participó el rey Católico al Sumo Pontífice el descubrimiento del Nuevo-Mundo, como la noticia mas interesante para la Iglesia, cuyo imperio iba á acrecentarse mas de una mitad (a). Poco antes le habia dado parte de la conquista del reino de Granada, y de la total estincion del mahometismo en todos los dominios de España. Cuando llegó á Roma la noticia de este triunfo, se descubrió en ella el rótulo ó inscripcion de la cruz de Jesucristo. Decíase que Santa Elena, madre de Constantino el Grande, le habia enviado desde Oriente á aquella ciudad, y que habia estado oculto en la bóveda de la iglesia llamada Santa Cruz de Jerusalem, donde le encontraron unos albañiles que trabajaban en repararla. Tambien por el mismo tiempo un embajador del sultan Bayaceto llevó al Papa el hierro de la lanza de la Pasion, sacado del tesoro de las reliquias de que se apoderó Mahomet II cuando la conquista de Constantinopla. Acompañado el Papa de todo el clero, fué á recibirle en procesion con la solemnidad mas pomposa, y le trasladó con igual aparato á la iglesia del Vaticano, donde se ha conservado siempre con mucho respeto. Sin embargo, está en disputa la autenticidad de esta reliquia, y son varias las iglesias que pretenden poseerla, sucediendo lo mismo con el rótulo de la cruz, el cual se creia que estaba en Tolosa mucho tiempo antes del descubrimiento hecho en Roma. Esta ha sido la suerte casi general de todas las reliquias de la santa humanidad del Salvador: de donde inferiremos prácticamente, que estando seguros, como lo estamos, de poseer á Jesucristo todo entero en la Eucaristía, debemos recurrir á este manantial inagotable de toda gracia y de toda virtud, mas bien que empeñarnos en unas diseusiones y disputas que son casi siempre perjudiciales á la caridad y muchas veces á la sencillez de la fé.

El dia 25 de julio de 1492 murió en Roma el Papa Inocencio VIII, á los sesenta años de edad y ocho de pontificado, despues de haber recibido los sacramentos con afectos extraordinarios de piedad y con particulares demostraciones de desprecio en orden á las grandezas frágiles del siglo. Con su espíritu de equidad y de conciliacion habia restablecido y consolidado de tal manera la paz de Italia, que, al decir de Guicciardino, no era fácil imaginar cómo podia suceder que llegase á interrumpirse. Pero el carácter de su sucesor dió la solucion de este problema. En el pontificado del vicioso Rodrigo de Borja, que sucedió á Inocencio el dia 11 de agosto de 1492 y tomó el nombre de Alejandro VI, se vió afligida la Iglesia romana como en los tiempos de mayor calamidad, y fué tanto mas sensible su oprobio, cuanto menos acostumbrados estaban todos á ver entronizada la disolucion en la Silla de Pedro.

Muchos autores dicen que Borja ascendió al pontificado por la via sacrilega de la simonia, pagando desde luego en dinero el voto de ciertos cardenales, cediendo á otros el gran número de oficios y beneficios que él tenia, y lisongeando la codicia, la ambicion y todas las pasiones de muchos de sus prelados, cuyas esperanzas sin embargo no dejaron de salir muy fallidas. No se detuvieron en su culpable eleccion, ni por el temor de Dios, ni por la consideracion del respeto y decencia pública; pero fueron castigados con la ingratitude y perfidia del avaro Pontífice, el cual les quitó mucho mas de lo que les habia dado. Pero pasemos rápidamente por esta entrada á la dignidad pontificia, pues por mas odioso

los abusos, y en la Recopilacion de las leyes de Indias tenemos un monumento perenne de la solicitud con que querían y quieren ser tratados bien á los indios. (N. del E.)

(a) En esto puede verse una prueba de lo que decimos en la nota anterior. (N. del E.)